

Carrusel del Tiempo

OSCAR GUZMAN SILVA

85 Años de Samuel Beckett

Palos años decantó ejercía en "El Mercurio" de Valparaíso, entre columnas propias y agregadas, además de otras disciplinas críticas, la de comentarista teatral. Tendría esa serie, como trofeo, los programas de vieneses de representaciones. En medio de estos, "Esperando a Godot", (1953), de Samuel Beckett. En la época fue entrevista ese año tal que alcanzó sobre cuatrocientas representaciones en París. Se tradujo a más de veinte idiomas.

Sali de la sala lejo, pero entretenido, sin frustración. Vladimír y Estragón son, en palabras de Martín Almada, "como dos pájaros arrinconados a la pista; el uno recibe las boletazas y el otro es objeto de la crueldad del público". Ambos hablan por la boca, en medio del baile trascendente de la espuma en el escenario que, después de todo, muchos tienen que ver con el mundo actual. Como todos sabemos, Godot no llega. Ni siquiera se conoce como es. Si se habría pasado tipo de apacible ante aquellas alucinaciones fantásticas. Acaso quedaría, como apunta el mismo Almada, alguna nota sobrenatural, casi mística, sin verbalizaciones. Igual como teníta que devuélve con ánimo la palabra endemoniada del contrario. No lo asocia con locura, porque esto, al concebirlo, todavía no nos llegaba con todo el abanico que lo haría proverbial en el teatro moderno. El verso, con todo, fue marcado por la huella de Beckett: sello de anillo original.

Como era cosa, todavía, me sentí alegre al constatar que, al ser presentado la pieza en Nueva York el empresario propuso al autor "que sea la que represente la personaje señor Godot". Si respondió, llevó la risa en "Usted cree que si yo lo expreso no lo habrá dicho en la obra". Tras ésta, su primera creación teatral, Beckett tardaría, de nuevo, también treinta a aquellos que gestan de los conflictos prematuros, con "Fin de partida" (1957), que es otra inmersión en la nada. Lo mismo pasa con "Un buen día" (1962), donde sobrepuja el vacío y la fuerza del silencio. Y así nació, "El deshabitado" (1971), parva concebida como un desafío a los que, enciñados a un borde de la desesperanza, volvían a las salas a buenas respuestas quedas a sus dudas e incertidumbres.

Se encarga, cuando en 1969 la Academia Sueca concedió el Premio Nobel de Literatura a nuestro personaje, justificó la decisión, que no dejó de sorprender, al explicar con sencillez: "Porque da buenas formas a la novela y al drama". Agregó, por el quedarse comentando aquello, el "reconocimiento de la calidad y originalidad de la obra.



Samuel Beckett.

que más dificultad aparece como representativa de algo de nuestra época".

Samuel Beckett tenía entonces cuando triunfó en el teatro. En 1945 publicó, en francés, "Murphy", novela que antes había escrito en inglés, que es una autobiografía de sus autores con una evolución de plantea, donde el protagonista no negó su propia existencia. Si el siguiente año dio a conocer una colección de "Pequeñas" —escritas y publicadas no pocas—, si ganó otros muchos relatos: "El engañado" (1948), "Malloy" (1951), "Malice mienne", casi seguido y "Un invierno bravo" (1953), todos en francés. Personajes prisioneros de sí mismos, cuya circunstancia, se ha dicho, es tanto cada vez más estilizada, apática desconfianza. Sin asperjito, con sencillez curiosa, el propio Beckett confiesa: "Estos Murphy, Malloy y Malene... me han hecho perder el tiempo al hacerme hablar de ellos. cuando era prenda de que nadie me oyera hablar para que me pudiera callar".

Nació en Irlanda el 13 de abril de 1906, hace 85 años, en el seno de una familia protestante y acomodada. Estudió en Dublín, donde su familia fue apreciada por sus profesores y lo admiraba toda la escuela porque era colosal jugador de rugby. En 1928, ya en el Trinity College de Dublín, aprendió francés e italiano y en 1932 se graduó licenciado en Artes. Por sus méritos eclesiásticos fue a París, como Lector de Inglés en la Normal. Poco después allí conoció a James Joyce, el autor de "Ulises", de quien

fue secretario. Las relaciones iban a romperse, después, porque la hija de Joyce se enamoró de él y tuvo la costumbre de decirle que no le gustaba.

Para las mujeres era un hombre demasiado abstruso con el que costaba establecer convivencia. Sin embargo, las amores, según queda en algunas escritas, eran frecuentes, aunque con más cara de amorita. Timido en el orden, vormigo de la publicidad, con esa timidez poco frecuente que constituye rasgo, si siquiera el Premio Nobel logró que resplandiera su intimidad ante el mundo natural que despertó.

Poco después de doctorarse en Letras, en 1928, el término de sus "Ensayos sobre Proust", traductor de Paul Eluard y también de versos en inglés del escritor de "A la sombra de las mariposas en flor", lector en universidades inglesas, dejó la vida Ávila y Londres, también la Irlanda natal, porque prefería vivir en el extranjero. Viajó, casi vagabundo, entre cumplidos de sus personajes. Heredó de una sociedad que se extinguía, independentista, cuyo verdadero "Irishman" en el ensueño americano queda perdiendo de su propio espíritu. Poeta, novelista y dramaturgo, con mayor resonancia en el último género, mostró como el que más, llevó sin dudas su personalidad fuerte y definida.

La ambigüedad del absurdo, la calidad de sobrevivientes que otorga a los seres que dibuja, sonambulismos, en medio de un humor frío que de pronto se vuelve, simplicemente, gracia vivificante. Aunque refiere, parece ser el sobreviviente de una calamidad que trastocó la Guerra, todavía sin sacarlo, aunque se advierte que tiene plena conciencia de esa realidad tan surreal que se seguirá existiendo.

El dicho de su teatro: "Al fin de mi obra no hay más que ningún punto, ningún verbo. No hay razón de existir". "Va y viene", "La última cita", "Días felices", llenaron salas, pero sin ese misterio alicinante, tan insipido como seguido, de "Esperando a Godot". En 1963, recibió la ovación alemana, con "Comedia". Pero, en medio de los aplausos, asombrado, orgullo, al preguntársele sobre sus propuestas futuras, contestó: "Nunca he visto. Mi campo de posibilidades para escribir algo bueno es cada vez más estrecho".

Murió en un hospital de París el 22 de diciembre de 1989, aquejado de problemas respiratorios. Tenía 83 años. En justicia, escribió: "Era, sin duda, el autor más importante del moderno vanguardismo".

85 años de Samuel Beckett [artículo] Oscar Guzmán Silva.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guzmán Silva, Oscar

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

85 años de Samuel Beckett [artículo] Oscar Guzmán Silva. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)